

lemnidad, tanto, que mas parecia triunfo, que procesion. Colocóse la caja sobre una especie de carro triunfal magníficamente adornado: iba á caballo toda la nobleza y todo el clero con hachas encendidas en las manos; seguíase una prodigiosa multitud de coches y carrozas con muchos coros de música, y un inmenso pueblo aumentaba continuamente el acompañamiento. Media legua antes de llegar á la casa real, se incorporaron mas de seis mil personas, así eclesiásticas, como religiosas y seculares, que habian concurrido procesionalmente de los pueblos circunvecinos. El príncipe heredero salió á recibir la santa reliquia con toda la corte hasta la entrada del parque, y la acompañó hasta el cuarto del rey su padre, donde estaba toda la casa real. La caja, conducida en hombros de los cuatro eclesiásticos mas autorizados de la iglesia de Madrid, se colocó en una especie de trono debajo de un magnífico dosel. El rey, que se habia limpiado de calentura desde que la caja salió de la iglesia de S. Andrés, se halló enteramente bueno luego que entró en su cuarto la reliquia. Restituyóse esta á Madrid con igual triunfo: acompañábanla mas de seis mil personas á caballo con hachas en las manos, y entró en la villa entre el estruendo de la artillería, y el repique general de todas las campanas. A ningún monarca se le hizo jamás recibimiento mas solemne que á aquel pobre labrador: tanto se hace respetar de todos la santidad. El año siguiente se colocó el santo cuerpo en otra caja mas suntuosa de plata, que costó mas de diez y seis mil ducados de oro, y todo el año se pasó en la corte de Madrid en fiestas públicas con extraordinaria magnificencia, así en el adorno de las calles, como en el de los templos. Finalmente, el papa Gregorio XV, á instancias del rey Felipe IV, y por satisfacer los ansiosos deseos de toda España, procedió solemnemente á su canonización el día 22 de marzo del año de 1622, y no se puede esplicar la alegría y la magnificencia de los pueblos en celebrar la fiesta de este santo patron de la villa y corte de Madrid, y protector especial de todo el reino.

Por lo que respeta á su santa esposa, despues de la muerte de S. Isidro volvió á Caraquiz, cumplidas las mandas de su santo esposo. Dejó á su hijo en Madrid, y le cedió los cortos bienes que habian quedado de aquél, fiando para su sustento en la providencia de aquel Señor que jamás desampara á los suyos. Restituida á Caraquiz repitió sus acostumbrados ejercicios, y pedia limosna por los lugares vecinos. De lo que la suministraba la caridad hacia tres partes, la una era para mantener la luz de la lámpara de la ermita, la otra para los pobres, y la otra para

su propia manutencion. Pasaba cada dia muchas horas en oración. La Reina de los Angeles la favoreció muchas veces con sus visitas, de que fué testigo el Jarama, cuyas corrientes pasaba milagrosamente asistida de aquella Señora. Su mortificación y penitencia eran grandes, sus ayunos continuos, su honestidad singular, su paciencia heróica.

Llegó por fin el tiempo en que el Señor queria llevarla á acompañar á su santo esposo, y recompensar sus trabajos, y en el año de 1180 sucumbió á la fuerza de una grave enfermedad, dejando á la ermita de nuestra Señora una pequeña casa que tenia en Caraquiz, y una heredad que sus padres la dieron en dote, de que se infiere que su hijo la premoriria. Despues con el tiempo fué olvidado el lugar de su sepultura, y fué hallado milagrosamente en el año 1596, y sus reliquias por último fueron reunidas en la iglesia llamada la Real de S. Isidro. A esta Santa se la tributaba culto de tiempo inmemorial, cuando por los años de 1677 la Sede apostólica lo aprobó; y Benedicto XIV, con decreto de 15 de abril del año 1752, concedió oficio y misa con rito doble para el arzobispado de Toledo, y en dicho decreto la nombra SANTA MARIA DE LA CABEZA.

SAN TORCUATO, OBISPO Y MÁRTIR.

EL mayor de todos los beneficios que puede recibir una region de mano del Dios de las misericordias es aquel don celestial y divino, sin el cual es imposible agradecerle. La fe es entre todas las gracias la primera en el orden, y la mas necesaria en la sustancia para ser contados entre los hijos de Dios, y poder entrar á la participacion de sus misericordias. Aquellos infelices á quienes no llegó la promulgacion del Evangelio, ó que habiendo llegado, cerraron sus orejas para que no entrasen en su alma las sacrosantas verdades, ya están juzgados, dice la sagrada Escritura; y de consiguiente llevan arrastrando la cadena de su condenacion. Por esta causa todas las naciones y provincias celebran justamente la memoria de aquellos varones que las enriquecieron con la fe, y depositaron en ellas las verdades del Evangelio. España, feliz en esta parte sobre casi todas las naciones del mundo, no se sacia de manifestar su gratitud por un beneficio tan señalado, celebrando la memoria de los primeros padres de su fe en repetidos dias del año con júbilos y alegrías. No se contenta con dedicar devotísimas solemnidades al apóstol Santiago, á quien venera como á su primer maestro; se acuerda tambien de aquellos grandes discipulos suyos, que despues

de haber visto su martirio, vinieron á consumir la obra que el santo Apóstol había comenzado.

El principal entre estos varones apostólicos, y á quien constantemente dan todos los manuscritos antiguos el primer puesto y dignidad, es S. Torcuato, obispo de Guadix, cuya memoria celebra la iglesia de España en este día, y de cuyos hechos y vida se sabe muy poco más que lo que refiere la historia de los demás Apostólicos. Segun ella S. Torcuato se hallaba en Roma al mismo tiempo que S. Pedro y S. Pablo difundían las luces del Evangelio en aquella capital del mundo. Estaba el Santo bien instruido en todos los misterios y doctrina de la religion evangélica: capaz no solamente de manifestarla en sus obras, sino tambien de someter á ella con su predicacion y su zelo á las gentes deslumbradas todavía con las supersticiones de la gentilidad. Su adhesión á los divinos misterios, su fervorosa caridad en socorrer á los necesitados, su zelo ardiente por la propagacion del Evangelio fueron otras tantas señales ciertas, que movieron á S. Pedro y S. Pablo á persuadirse que era sugeto digno de que se pudiese sobre sus hombros la pesada carga del obispado. Conocieron sin duda que del conjunto de virtudes y sabiduria que resplandecian en Torcuato, no se podian esperar sino grandes conversiones y considerables conquistas á favor del cristianismo. Ordenáronle de obispo, y recibida su bendicion y el ósculo santo de paz, se embarcó con sus compañeros, dirigiendo el rumbo á aquella region predilecta, en que su santo maestro había ya empleado las primicias de sus sudores y trabajos evangélicos. Aunque la nave pasó por las costas de Tarragona, que era entonces el emporio que los romanos tenian en España, no tuvo por conveniente desembarcar en aquella ciudad; sin duda, porque habiéndose publicado la persecucion sangrienta de Neron, consideró que en las grandes ciudades, donde habitaban los pretores, seria mayor la carnicería, y estaria más espuesto el santo fin que los había movido. Por tanto, pasaron adelante hasta llegar á una costa que prudentemente se conjetura era el asiento de uno de los puertos de Urce, ó Puerto Magno, junto al sitio que ocupa Almería actualmente. Desembarcó allí S. Torcuato con sus compañeros, ardiendo sus pechos por comenzar la grande obra que traian proyectada. Vieron los inmensos campos que habían de ser el teatro de su predicacion cubiertos de peligros. Consideraron que en España sería menester acaso combatir con mas monstruos de supersticion é idolatría que en otra parte del mundo; por quanto el atractivo de sus riquezas era un convite hecho á todas las naciones viciosas, para que su avaricia

trajese á este país todos sus crasos errores. Así se ve, que en las monedas de la antigua España se encuentran los signos no solamente de la monstruosa religion de griegos y fenicios, sino tambien de otra particular y no menos monstruosa en que estaba sumergido este desgraciado país. Pero cuando la caridad ha llegado á apoderarse perfectamente del humano corazon, los mayores peligros no son otra cosa que incitativos para grandes obras. Apenas puso los pies en tierra S. Torcuato, cuando inmediatamente comenzó á caminar tierra adentro juntamente con sus compañeros, deseoso de encontrar gentes en quienes dar feliz principio á su grande ministerio. Ni el cansancio, ni el caminar á pié por los lugares escabrosos, ni la desconfianza, que es preciso que infunda el verse rodeado de tierras in fieles y desconocidas, pudieron quebrantar la constancia de los ministros del Evangelio. Muy poco mas de trece leguas habían caminado, cuando se les presentó á la vista la ciudad de Guadix, en la cual determinó S. Torcuato derramar la primera semilla de la fe de Jesucristo. Detuviéronse algun tanto fuera de la ciudad, en un sitio que distaba de ella cosa de un cuarto de legua; y como los ardientes deseos de evangelizar y convertir almas para Jesucristo no les hicieron lugar para proveerse de los alimentos que traian en la embarcacion, les fué necesario enviar algunos que los comprasen en la ciudad.

En aquel día celebraban los gentiles una solemnisima fiesta á sus deidades, que segun el Cerratense eran Júpiter y Mercurio, y segun otros la diosa Juno. Si es licito conjeturar, el haber sido celebrados estos Santos por la iglesia de España en los tiempos antiguos en el primer día de mayo, arguye que en este día fué su feliz arribo á la ciudad de Guadix, no siendo verisimil que todos siete Apostólicos padeciesen en un mismo día martirio. Se sabe por Ovidio que el primer día de mayo le tenían dedicado los gentiles á la fiesta de los *Lares Prestites*, númenes que tenían á su cuidado las casas y domicilios de los gentiles. Es creíble que estos se hallasen en la solemnidad de estas deidades cuando llegaron á buscar alimento los enviados por S. Torcuato: su aspecto extraño y severo, su modo de vestir pobre, y que denotaba distinta profesion; ó lo que es mas cierto, el trastorno de la razon que había causado en aquellos hombres ciegos la borrachera, la gula y la inmoderada alegría, que eran los principales ritos con que honraban á sus dioses, los sacó de tino, y les hizo enfurecer contra los Santos. Acaso estos viendo ocasion oportuna de comenzar á esparcir las luces del Evangelio, y enardecidos con el zelo de la honra de Dios, al ver tributar al de-

monio adoraciones, solamente debidas al Hacedor de todas las cosas, se esplicarian con vehemencia contra aquellos ritos profanos. Como quiera que sea, Dios, bajo de cuya providencia se contienen los buenos y malos sucesos, iba ordenando un feliz principio á la primera plantificacion de la fe en España por medio de un asombroso milagro. El pueblo de los gentiles tumultuosamente conspirado y llevado de una furiosa embriaguez, se declaró contra los Santos, y comenzó á perseguirlos de muerte. Ellos, viendo la persecucion, echaron á huir por el mismo camino que habian traido, en cuyo intermedio habia un puente magnifico de tan asombrosa consistencia, que cualquier sensato le juzgaria superior á la fuerza destructora de los tiempos, y casi al mismo artificio. Internáronse en él los santos perseguidos, cantando alabanzas á Dios porque se dignaba concederles la gracia de padecer por su amor, y acordándose al mismo tiempo de los prodigios con que habia libertado á su pueblo de la ira de Faraon. Seguian los gentiles deseosos de haber á las manos aquellos estrangeros para ejecutar en ellos una horrorosa venganza. Pero ¡ó milagrosas disposiciones de la divina omnipotencia! Cuando los Santos acababan de salir del puente, y este estaba henchido de una inmensa multitud de gentiles, vieron estos que desatándose las ataduras de los arcos, y derrotándose los robustos pilares, el puente y los perseguidores padecieron una comun ruina. Con la muerte de tantos infelices fué universal la consternacion que se apoderó de los corazones de todos los acitanos. Un saludable terror sustituyó el lugar que antes ocupaba el furor y la ira, y convirtiéndose en respeto y veneracion lo que antes era abominacion y desprecio, determinaron enviar mensajeros á los Santos para que viniesen á la ciudad. Entre todos los ciudadanos se distinguió en la piedad y en los obsequios una noble matrona, cuyo nombre era Luparia, quien dió benigna acogida en su casa á aquellos estrangeros, en cuyo favor se manifestaba el cielo tan generoso. Luego que los tuvo en su presencia, les comenzó á preguntar por su patria, por su profesion, y por los fines que les habian hecho emprender el peligroso viaje y peregrinacion de aquellas tierras. Gozoso san Torcuato de las primeras felicidades de su expedicion, y viendo cuan buena ocasion se le ofrecia de comenzar la grande obra de la conversion de aquellas gentes, dió cuenta á Luparia del fin de su venida, que no era otro que la conversion y felicidad eterna de sus almas. Díjola como eran enviados del mismo Jesucristo: que este era el Hijo de Dios vivo, que por la salud del género humano se habia hecho hombre; habia predicado una ley

de gracia, y habia sido crucificado para redimir á los mortales de la esclavitud del demonio: que por encargo de este hombre Dios venian á predicar el Evangelio y la remision de los pecados, que lograria todo aquel que creyese los misterios que anunciaban, y recibiese el bautismo. La gracia divina difundió sus luces en el entendimiento de aquella noble matrona, para que á la sencilla proposicion de tan sublimes verdades prestase dócil su alma para creerlas, y gustoso el corazon para abrazarlas. Como habia oido que la felicidad que anunciaban no se podia obtener por otro medio que por el bautismo, solicitó con ansia que se sirviesen de administrársele. S. Torcuato, como el mayor y mas venerable entre todos, la advirtió que no podian complacerla en sus santos deseos hasta tanto que estuviese bien instruida de los principales dogmas de la religion que habia de profesar. Entre tanto que recibia esta instruccion, la significaron como seria oportuno construir un baptisterio, en donde celebrar aquellos ritos sagrados. La docilidad con que la santa mujer recibia todas las instrucciones de aquellos hombres celestiales, no permitia alegar excusas, ni admitir dilaciones en la ejecucion de lo que insinuaban; y así inmediatamente ofreció sus riquezas y su autoridad para la construccion de la obra proyectada. Concluida esta, y hallándose Luparia con la necesaria instruccion de los divinos misterios, recibió el sagrado bautismo en el baptisterio que ella misma habia fabricado, con un sencillo aparato de ceremonias sagradas, que aunque pocas y sin ostentacion, tenían en sí tal carácter de sublimes y divinas, que se conciliaron la veneracion y reverencia de cuantos espectadores asistieron á la sagrada ceremonia.

Nada hay en la vida humana tan poderoso y activo para pro- pagar las buenas ó malas costumbres, como el ejemplo de aquellas personas que por su nobleza, riqueza y autoridad tienen un decidido ascendiente sobre el pueblo numeroso que les circunda. Segun son los poderosos, así son las costumbres del pueblo: sus virtudes y sus vicios se difunden rápidamente unidos á su autoridad, y seria sin duda un pueblo sin desórdenes ni excesos aquel cuyos superiores fuesen enteramente perfectos y arreglados. El haber visto que Luparia, mujer rica, poderosa, y de familia distinguida, habia hospedado en su casa á aquellos estrangeros, y abrazado su religion por medio del bautismo, movió tan poderosamente á los ciudadanos de Guadix, que todos á porfia deseaban imitar á Luparia, ya tratando con amor y respeto á los varones apostólicos, ya recibiendo sus saludables instrucciones con gusto y alegria, y lo que es mas, abominando

los ritos supersticiosos de sus falsas deidades, hasta llegar á destruir las estatuas y demoler sus templos. En uno de estos, dice el leccionario Complutense, erigieron una muy decente iglesia, que dedicaron al glorioso precursor de Jesucristo S. Juan Bautista. Ya en este tiempo se habia trasformado Guadix de colonia de ciudadanos romanos en colonia de Jesucristo; y así era poco lo que tenian que hacer tantos obreros del Evangelio en una ciudad en que casi todos sus habitantes habian sometido el cuello á su yugo. Determinaron, pues, repartirse por otras ciudades, en donde sus trabajos pudiesen rendirles sazonados frutos; y á este fin eligieron aquellas entre todas las de la Península, que, ó por su mayor cultura, ó por gozar de un dominio mas pacífico, estaban menos espuestas á la crueldad destructora de las sangrientas persecuciones. Habiéndose, pues, convenido, en los puntos mas esenciales de la religion que habian de predicar, y habiéndose abrazado caritativamente, cada uno emprendió aquel camino que le sugirió el Espíritu Santo.

Quedóse S. Torcuato, como mas antiguo, en la ciudad de Guadix, regentando aquella primera silla episcopal de nuestra España. Los copiosos frutos que habian visto sus ojos producir á la cultura del Evangelio, animaria su espíritu para proseguir con zelo y actividad los comenzados trabajos. Continuamente se ocuparía en instruir á los fieles en los divinos misterios, enseñando á los ignorantes, exhortando á los débiles, enardeciendo á los tibios, y cumpliendo en todo las cualidades de un buen pastor y padre, que señala S. Pablo. Como estaba tan reciente la memoria del paganismo, y los ministros imperiales se hacian mérito de impedir la propagacion de cualquiera doctrina que fuese contraria á las supersticiones de la gentilidad, es creíble que el Santo tendria por estos motivos frecuentes ocasiones en que ejercitar su resignacion y su paciencia. Por desgracia ningun instrumento auténtico nos han dejado el tiempo, las revoluciones y la opresion de naciones bárbaras de donde podamos deducir con certidumbre las virtudes, obras caritativas, predicacion continua, y considerables trabajos, que la piedad apoyada de la razon dicta que debieron ocupar á este Santo en los principios. Pero la tradicion inmemorial nos ha conservado la memoria de un milagro, de que se infiere la particular providencia con que protegió el cielo la predicacion de este santo obispo. Este era, que habiendo plantado á la puerta de la iglesia una oliva, producía todos los años tan copioso y maravilloso fruto, que tomando de él los fieles, era un antidoto seguro contra todas las enfermedades. Aunque regularmente se atribuye á to-

dos los Apostólicos la plantacion de esta milagrosa oliva, la singularidad de florecer repentinamente, y dar fruto la vispera del dia en que se celebraba en Guadix la fiesta de S. Torcuato, da bastante fundamento para creer que la oliva fué plantada por él, y que en honor suyo principalmente manifestaba el cielo tan grandes maravillas. Hoy dia se conserva junto á la ermita de S. Torcuato una oliva que denota una antigüedad asombrosa; pero bien sea porque no es la misma que plantó el Santo, ó bien porque no sea igual la fe de los cristianos presentes á la de los antiguos, lo cierto es que no produce frutos milagrosos. Como quiera que sea, los trabajos de S. Torcuato merecian del cielo las demostraciones mas claras de proteccion, así como merecieron igualmente que le concediese la gracia de dar testimonio de la fe que predicaba por medio del martirio. No se saben las circunstancias de éste; pero se debe presumir, que habiendo sido tan sangrienta y cruel la persecucion de Domiciano, y estando en Guadix los ministros imperiales, á cuyo cargo estaba el gobierno civil, juzgarian estos que el medio mas oportuno y eficaz para desarraigar la religion de Jesucristo, y cumplir mejor el decreto del emperador, era quitar la vida á la cabeza y obispo de aquella iglesia, que era S. Torcuato. En efecto, el sagrado cadáver de este Santo es el testimonio mas auténtico que se puede alegar, tanto para probar su martirio, como para deducir que murió á cuchilladas. En el año de 1593, con motivo de hacer un reconocimiento jurídico de su sagrado cuerpo, existente en el monasterio de Celanova, para enviar á la santa iglesia de Guadix una insigne reliquia que solicitó su digno obispo D. Juan Alonso Moscoso, se observó que en la cabeza del Santo habia un golpe, y en él pegada todavía con la misma sangre seca un pedazo del lienzo de la mortaja. Semejantes testimonios no permiten dudar ni del martirio de este Santo, ni de algunas de sus cualidades. Sucedió este en un campo llamado Faceretama, á legua y media de Guadix el viejo, en cuyo sitio se erigió despues una ermita con el nombre de este santo mártir. En aquellas inmediaciones hay unas cuevas que inspiran devocion en aquellos que las miran, y sobre las cuales se han visto muchas noches luces muy claras y resplandecientes. Refiere esta singularidad Diego Perez de Mesa por estas palabras: «Dicen que S. Torcuato padeció martirio en un campo que está á dos leguas de Guadix, en el cual se ve muchas veces de noche una muy grande luz, que parece llegar al cielo, y se ve de lejos muy clara, en la cual no ha habido quien pueda dar, aunque lo han procurado muchos. Es opinion muy admi-

tida en esta tierra, que aparece esta luz en la misma parte donde padeció martirio el glorioso Santo; y así llaman vulgarmente la lumbre de S. Torcuato. » Todo esto convence, que si el Santo no padeció martirio en este preciso lugar, á lo menos estuvieron allí sus reliquias y su glorioso sepulcro, obrando el cielo tan pródigamente maravillas con los que llegaban á encomendarse á su proteccion, que, segun el leccionario Complutense, se hacian participantes de ellas hasta los mismos gentiles.

Mantuvieronse en Guadix los sagrados despojos de su primer prelado todo el tiempo que duró en España la dominacion de los reyes godos. Pero invadida esta region por la bárbara morisma, fué necesario trasladar las reliquias de este Santo á sitio mas seguro. No consta ciertamente el tiempo en que se hizo esta traslacion; pero habiendo sido Abderraman, como es notorio, el perseguidor, no solamente del nombre cristiano, sino tambien de los cuerpos y reliquias que habia en las iglesias, que llamaban santos, como dice el moro Rasis, es creible que en tiempo de este rey impío, y por los años de 777, fueron trasladadas las cenizas de S. Torcuato para defenderlas de la furia del perseguidor. El sitio venturoso que mereció ser enriquecido con tan precioso tesoro, fué la iglesia llamada de Sta. Colomba, sita en el obispado de Orense, no lejos de un rio llamado Limia, la cual iglesia de allí adelante se llamó Sta. Colomba de S. Torcuato. Era este templo antiquísimo, hecho en forma de cruz, en cuyos brazos estaban construidas dos capillas, y en la que está al lado de la Epístola fué colocado el cuerpo de S. Torcuato en un sepulcro de mármol blanco, de estructura y grandeza correspondiente á su objeto. Este sepulcro se conserva todavía allí aun despues de haber sido trasladado S. Torcuato al monasterio de Celanova, concurriendo los fieles con tanta fe, y glorificando Dios á su siervo con tantas maravillas, que aun los polvos del sepulcro bebidos por el que padece flujo de sangre, le sanan maravillosamente de su dolencia, como afirma haberlo visto Castilla.

Muy cerca de dos siglos se mantuvo en Sta. Colomba el sagrado cadáver, hasta que habiendo S. Rudesindo edificado el monasterio de Celanova, quiso honrar su iglesia con los sagrados despojos de S. Torcuato, quitándolos de la primera iglesia que pertenecia á sus posesiones. Establecido el cuerpo de S. Torcuato en Celanova, padeció otra traslacion despues del año de 1174, á tiempo que en dicho monasterio se hallaba el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III. Quiso este purpurado edificar un sitio proporcionado por su magnificencia á la grandeza

de las reliquias sagradas que poseia aquel monasterio; y habiendo mandado construir una hermosa capilla, hizo que á los dos lados de su altar se levantasen dos sepulcros sobre cuatro columnas, y en ellos se depositasen los dos cuerpos de S. Rudesindo y S. Torcuato. Mas de cuatrocientos años se mantuvieron las sagradas reliquias en este estado, hasta que habiéndose constituido España en un perfecto estado de paz, y sintiendo justamente la santa iglesia de Guadix verse privada de su primer prelado y pastor, solicitó eficazmente con el prudente rey Felipe II que se la hiciese participante de alguna porcion insigne de sus sagrados despojos para tener el consuelo de venerar mas de cerca al padre de su fe. Esta solitacion les produjo la media caña de un brazo y dedo pulgar, que recibió aquella iglesia con sumo aparato de solemnes y devotas festividades, siendo obispo el señor D. Juan Alonso Moscoso. Cuando se abrió el sepulcro del santo mártir de Jesucristo en el año de 1593, se halló el cuerpo envuelto en un lienzo blanquísimo, tan nuevo como si en aquella hora se hubiese depositado. La carne se habia resuelto en cenizas; el corazon permanecia entero exhalando una suavísima fragancia; y el cráneo estaba envuelto en un sudario ensangrentado, que denotaba la magnitud de la herida con que el Santo habia padecido martirio. Hizo el abad la separacion de las reliquias que se enviaron á Guadix, al Escorial y á Santiago, y lo demás que restó fué depositado en una preciosa arca de plata, y colocado en la capilla mayor frente del cuerpo de S. Rudesindo, en el año de 1601, en donde uno y otro son venerados de los fieles como titulares y patronos.

En este mismo dia celebra la iglesia de España á S. Indalecio, de cuya vida nada mas se sabe que lo que ya queda dicho de los demás Apostólicos. Por tanto se omite la molesta repetición de unos mismos hechos, mayormente cuando en lo referido hallará la piedad cristiana todos los motivos que pueda desear para explicarse en las efusiones mas fervorosas de devocion y gratitud.

SAN WITESINDO, MÁRTIR DE CÓRDOBA.

Fué Witesindo de tierra de Cabra, villa antigua y noble de Andalucia, que en lo antiguo se llamó Egabro, y tuvo silla episcopal, como en otra parte hemos dicho. Este Santo, permitiéndolo así nuestro Señor por sus ocultos juicios, ó bien para mostrar cuan poco son y pueden los hombres dejados á su natural, siendo ya viejo cedió al furor del rey de Córdoba Mahomad, que perseguía á

los cristianos, y ofreció negar la fe. Humillado con esta caída le dió la mano nuestro Señor para que levantándose con esfuerzo, borrase el yerro pasado. Y así fué que como los moros lo estrechasen á dar pruebas de lo que habia prometido, con nuevo espíritu de cristiano dijo que no cometeria tal maldad, y que estaba resuelto á desmentir con el corazon y con la obra la flaqueza pasada. Hecha relacion del caso al juez, recibió tanto enojo que luego lo mandó degollar. Ejecutóse la sentencia en mayo del año 855. Con tanta aceleracion escribió S. Eulogio las actas de este martirio, que se le pasó advertir el dia en que sucedió; solo dice que fué por el tiempo en que padecieron S. Amador y sus compañeros Pedro y Luis de quien hablamos el mes pasado. Tampoco hace memoria del paradero de su cadáver. Puede conjeturarse que fué echado al rio, como lo eran entonces los de todos los mártires.

Martin de Roa no puso este santo mártir en el Breviario que la iglesia de Córdoba rige desde el año 1601, porque la licencia que dió el papa para hacer oficio á los Santos, solo se estendia á los que estaban registrados en el Martirologio romano; y no lo estaba el de S. Witesindo, aunque tenia la misma autoridad que los demás de quien escribió S. Eulogio, solo por no haberle señalado el dia de su martirio. El cardenal Baronio, reformador del antiguo Martirologio romano, señaló á S. Witesindo en el dia 15 de mayo, y dice Roa que lo hizo así movido de una representacion que á la santa Sede hizo el venerable clérigo cordobés Juan del Pino. Pero esta correccion no tuvo efecto, fuese por olvido del cardenal, ó por otra causa. Lo cierto es que en Córdoba no se le hace fiesta como á los otros mártires de la persecucion sarracena.

SAN MANCIO, MÁRTIR.

DE este siervo de Dios consta por sus actas que era romano de nacion, y que con unos judíos á quien servia vino á España, y en compania de ellos hizo mansion en la provincia de Lusitania en el territorio de Ebora, en una heredad llamada *Miliana*, en medio del camino real que por ventura es el que Antonino pone por Ebora desde Lisboa á Mérida. Y como los judíos viesan que este criado suyo con grande exactitud guardaba el Evangelio de Cristo, intentaron persuadirle que judaizase. Mancio con pecho cristiano hizo delante de ellos profesion pública de nuestra santa religion, sin hacer caso de los tormentos con que lo amenazaron. Ellos entonces como fieras arreme-

tiendo contra él, lo desnudaron, y con sogas estiraron sus miembros, descargando sobre su cuerpo fieros golpes. Luego le echaron prisiones al cuello, y le ataron las manos y los pies con tan estraña crueldad, que en estas heridas llegaron á criarse gusayos; sobre esto hicieron que trabajase en el campo de sol á sol. Todo lo llevaba el Santo con increíble paciencia; aun de la noche que le daban para descansar cercenaba algunos ratos, no viéndose harto de bendecir á Dios que tales mercedes le hacia. Al cabo lo venció la debilidad y el peso de los trabajos, y entregó su espíritu al Señor. Mucho sintieron los judíos que hubiese muerto sin poderlo vencer, y ensañándose contra él su rabia sedienta, arrastraron su cadáver con las mismas prisiones con que lo habian hallado, y junto al camino lo taparon con un poco de tierra.

Pocos años despues pasando por aquella heredad un caballero cristiano se le apareció el Santo en la figura y traje que cuando vivia, y le contó su martirio, y el lugar donde los judíos lo pusieron, previniéndole que le diese mas honrosa sepultura. Añaden las actas que á este caballero predijo el Santo como dentro de siete dias ganaria un pleito muy largo en que habia gastado gran parte de su hacienda, y no esperaba salir de él en muchos años. Lo cual se cumplió, y viniendo al lugar señalado descubrió el sagrado cadáver fresco como si acabara Mancio de espirar, y en una pequeña iglesia que de pronto edificó, lo hizo colocar en un sepulcro de piedra. Luego despues corriendo la fama de las maravillas que obraba el Señor por intercesion de su siervo, se le edificó un templo suntuoso adornado de mármoles, y enriquecido con muchas y muy ricas alhajas, á espensas de un caballero llamado Julian, que por intercesion del Santo fué absuelto de un delito que se le imputaba, y de Julia, señora anciana, á cuyo poder vino aquella heredad. El cuerpo del santo mártir fué colocado debajo del altar, donde permaneció hasta la entrada de los sarracenos, con cuyo motivo fué trasladado al lugar que hoy llaman Villanueva de S. Mancio, á una legua de Rioseco en el obispado de Palencia, y existe en el monasterio de la orden de S. Benito, que dice Morales haberse fundado en tiempo del rey D. Alonso VIII de Leon; y por una inscripcion que existe allí en el claustro consta haber sido consagrada la iglesia con título de S. Mancio á 27 de mayo del año 1195. Por los años 1565 fueron sacadas estas reliquias del sitio en que estaban debajo del altar mayor de este monasterio, y colocadas en una urna de plata al lado del Evangelio, y entonces se repartieron reliquias á varias iglesias. El monasterio de Sahagun, cuyo prio-